

Valencia 2009

Desde mis recuerdos: El mercat de la plaça de Bocairent, años 50 y 60:

En aquellos sábados de mi infancia y mi juventud me correspondía cumplir una tarea grata e ineludible: Ir al mercado.

Porque el sábado era ese día mágico en el que todo y todos se reunían en el %mercat de la plaça+, al pie del campanario, punto de convivencia inexcusable e inevitable para todo ser vivo del pueblo, hombre o mujer, incluso aquellos que %no se encontraban muy bien+o tenían que llegar renqueando por la edad o los achaques.

Realmente era un día muy especial. Los %maseros+bajaban al pueblo con sus mulos o sus carros, según el volumen de las transacciones previstas, dispuestos a comprar o cambiar mercancías después de visitar %els amos+ de las masías para dejarles algunos de los productos de las tierras, o para recibir pagas e instrucciones.

Creo recordar que más adelante, el primer taxista del pueblo, %Toonet+ el que nos llevaba a examinarnos de bachillerato al Instituto de Alcoi en la buena compañía de Don Fidel o atendía urgencias varias camino de Onteniente o de Valencia, (como más adelante lo hicieron %os Fonda+), organizaba viajes %comunales+ para bajar y subir a la sierra a los que solo querían realizar alguna compra o %er algún manda+o

Las paredes de la bajada desde el arco, la subida hacia la %pescatería+y las de alrededor de la posada disponían de anillas para atar a las caballerías, e incluso, entre las brumas de la memoria, creo recordar que había un pilón que les servía de abrevadero.

La fuente de la plaza aparecía rodeada de puestos de venta, casi todos montados al pie de carros, muy pocos con alguna camioneta (en los primeros años se veían muchas %ord de pedales+, el clásico %Tomasín+), en los que se ofrecían frutas, verduras, artículos de ferretería, animales vivos, y, de vez en cuando, mercancías sorprendentes como gafas graduadas (de %segundo ojo+, claro), cuadros del Sagrado Corazón de Jesús, ó pucheros marrones con reborde verde, botijos, lebrillos y otros artículos de loza como los que solían ofrecer los %traperos+ que periódicamente recorrían las calles del pueblo con su voceo tan especial,

¡El traperoooo...!, ¡¡Ala.. xiquetes, barateo !! .

El sábado no era día de pescado, pero en ocasiones excepcionales si que sonaba la trompeta del pregonero anunciando el bando del %peix+, en el que se cantaban las especies disponibles en la %pescatería+ y los precios por kilo (¡%sardines a vint-i-dos quinçetsõ , llobarro a dos durosõ , lluç a dotze pessetesõ !!).

Si era verano el pequeño Xambitero se mezclaba entre la gente inclinado por el peso de una heladera sorprendentemente grande para su tamaño, mientras las mujeres recorrían los puestos, en algún momento acompañadas por sus parejas o sus hijos, comprando lo que necesitaban (los animales vivos lo dejaban para el final) que portaban en bolsas y capazos de mimbre o de esparto y que, si el volumen lo aconsejaba, iban depositando provisionalmente

en la puerta del bar de Chimo o en la de la posada, donde estaban %apostados+ sus maridos.

Porque las aceras de estos dos establecimientos eran los lugares de reunión preferidos por los hombres que, a pie o sentados alrededor de las mesas del bar, formaban coros observando el mercado, gastaban bromas, comentaban las novedades del pueblo (¿quién dice que los hombres no son %hismosos+?) o presumían de sus aventuras en el último viaje a Valencia (algunas de ellas no aptas para todos los oídos) o de las que iban a correr en el próximo.

También era muy frecuente que hicieran una escapadita a casa de Jaime %el Salaurero+, hombre elegante y de buen porte, situada frente %Casa Chimo+, para adquirir alguno de sus excelentes salazones, cada uno según sus gustos y sus posibles.

Mi padre era uno de los fijos. Solía estar con algunos de sus amigos habituales, (Francisco Calabuig, Luis Ferre, el mismo Chimo, entre otros) o en cualquiera de los coros que se formaban, siempre a la vista como correspondía a su cargo mientras fue Comandante de Puesto de la Guardia Civil, o más discretamente en su etapa como civil.

Así lucía la plaza, toda olores, ruido, movimiento y vida.

Pero lo que no dejó de sorprenderme nunca fue la plástica de uno de sus rituales:

En algún momento de mayor bullicio, con los vendedores pregonando las bondades de sus mercancías, los hombres riendo y voceando en la acera, los niños corriendo de aquí para allá entre la gente y las mercancías, los animales resoplando amarrados a las anillas con los sacos de pienso ó paja a sus pies, los carros y alguna %tartaneta+ amarrada en lo que entonces era la %placeta dels martirs+ ñ . sonaba la campana de la iglesia en su toque de %alçar a Deu+, anunciando el momento de la consagración en la misa de 10.

Y al escuchar el primer toque todos, como una sola entidad, se ponían en pie si estaban sentados, se descubrían si calaban boinas (los más) o sombreros (los menos), y permanecían quietos y en un profundo silencio al que parecían unirse hasta a los animales, sorprendidos quizás por un cambio de ambiente tan repentino, mientras resonaban por las paredes de la plaza los toques lentos y espaciados que marcaban los tiempos de la consagración (¡tanñññ..ñ !, ¡tanññññ ñ !, ¡tanññññ ..!,), hasta que un repique rápido (¡tan!, ¡tan!, ¡tan!) anunciaba el fin de la ceremonia.

Y, de repente, todo volvía a la normalidad. Los vendedores a sus voceos, los hombres a sus risas, los niños a sus juegos, los animales a cabecear, a resoplar o a patear su inquietud, las boinas y los sombreros a cubrir las cabezas y las mujeres a continuar con su compra que, una vez completada, llevarían a casa con la ayuda de sus maridos y de sus hijos, entre los que me encontraba.

Muchas veces, ya adulto, he recordado con ternura aquel gesto colectivo reflexionando sobre las motivaciones personales de los participantes. A muchos les movería la fe, a otros el respeto, a no pocos el temor al %que dirán+ y más de uno, los forasteros especialmente, seguirían la sabia consigna de %donde fueres haz lo que vieres+. Lo cierto es que, fuera cual fuese la razón,

todos cumplían con el rito y participaban activamente en lo que, en definitiva, se convertía en un acto comunal.

Y una vez en casa tocaba guardar lo comprado en armarios y fresqueras (¿quién tenía frigoríficos?) y, más tarde, cumplir la ingrata obligación de matar a los animales adquiridos, tarea que nunca pudo ejecutar mi madre (verbo muy apropiado, por cierto), que siempre pedía la ayuda de una vecina-amiga más dispuesta que ella.

Yo solía colaborar desplumando a la difunta gallina, previamente escaldad en agua muy caliente para facilitar la tarea.

Cuando vuelvo a Bocairent y me encuentro con personas de mi edad recuerdo parte de sus vidas y sus aventuras juveniles, las de los años que compartimos, y no puedo por menos que pensar que son los mismos jóvenes de entonces maquillados ~~de mayor+~~.

Pero de vez en cuando, hojeando programas de fiestas o en cualquier otro soporte gráfico, me sorprenden fotografías de personas ya desaparecidas a las que recuerdo vestidas de festeros o bailando las danzas, o en el Patronato, o paseando por el pueblo, o en alguna otra actividad según gustos y aficiones, pero todas ellas tenían un mínimo común denominador que los hacía semejantes:

No faltaron ningún sábado al ~~mercado de la plaza~~.

José Luis Martínez Angel